Los pasajeros del archivo de olores

Texto original de Shyvirelle

La primera estación del Archivo de Olores imitaba un patio después de la lluvia. No tenía suelo mojado ni árboles: solo una pequeña cabina blanca y una corriente de aire que llevaba, en capas, el olor de la tierra húmeda, del hierro de una canaleta y de una hoja rota entre los dedos. En la colonia lunar de Senda, donde hasta el polvo de los jardines estaba sellado bajo vidrio, los visitantes cerraban los ojos para convencerse de que regresaban a una calle de la Tierra.

Lidia preparaba esas mezclas. Era perfumista, aunque el contrato de la compañía la llamaba «ingeniera de experiencias». Había diseñado cuatro estaciones para los pasajeros que algún día tomarían la nave de regreso: patio, estación de tren, mercado y casa. Entre una y otra se difundía un olor tenue de jabón mineral que, según los técnicos, neutralizaba la mezcla anterior y permitía empezar desde cero.

La compañía vendía el recorrido con una frase que Lidia detestaba: «Regresa a tu verdadero hogar antes de partir». Ella había insistido en que ningún archivo podía reproducir todas las casas. Solo tenían recuerdos descritos por clientes y materiales que estaban autorizados a sintetizar. Cada patio era una interpretación; cada mercado mezclaba testimonios diferentes. La publicidad, sin embargo, prometía reconocimiento.

El primer informe de confusión llegó de una mujer que había reservado plaza para viajar a la Tierra. Al acabar la visita, dijo que el puerto de Senda olía exactamente como la última estación y que por un momento había seguido una señal equivocada. La compañía contestó que el sistema de orientación del puerto era claro. Dos días después hubo tres informes similares. Todos se referían a personas que habían hecho el recorrido y estaban preparando equipaje para regresar.

Lidia solicitó los registros del difusor. Las cuatro estaciones habían recibido sus fórmulas correctas. Las puertas se abrían y cerraban a tiempo; los filtros funcionaban. Cambió el orden de las imágenes proyectadas y sustituyó el sonido del mercado por uno de lluvia. Las personas seguían confundiendo el final del recorrido con el puerto.

Entonces llegó Ivo, un viajero que llevaba una bolsa marrón con una cerradura de latón. La bolsa había pasado de su madre a su padre y, después, a él. Había viajado con ella desde la casa familiar en la Tierra hasta la colonia. Ahora la usaría para volver.

—No recuerdo el olor de aquella casa —le dijo—. Lo que recuerdo es la manera de abrir esta bolsa sin romperme las uñas. La cerradura se atasca si se gira demasiado pronto.

—Podemos construir una escena a partir de otros detalles —ofreció Lidia.

—Me conformaría con saber cuál es mío. Cuando llego a la estación de «casa», siento que he estado allí antes. Pero también siento lo mismo al bajar en el puerto. Me está empezando a molestar que una máquina me diga dónde he vivido.

Lidia le propuso una prueba sencilla. Volverían a recorrer las cuatro estaciones sin proyecciones y él anotaría qué olores reconocía, cuáles no y en cuáles dudaba. No era un

examen sobre su memoria, le aclaró; buscaban una falla del montaje. Ivo aceptó con la condición de poder detenerse en cualquier momento.

En el patio distinguió tierra húmeda, aunque dijo que su casa nunca había tenido patio. En el mercado identificó cítricos y una cuerda vieja. En la estación de tren creyó reconocer un pasillo de su infancia y, al pensarlo mejor, admitió que no podía situarlo. Al terminar la cuarta cabina, se detuvo frente a la puerta sin abrirla.

—Aquí es donde todo se vuelve igual —dijo—. El fondo está en todas partes.

Lidia olió el aire. Debajo de la madera, las especias y la ropa limpia, había jabón mineral. Siempre estaba allí, entre un decorado y el siguiente. Lo había considerado un espacio en blanco, no una quinta estación. Le pidió a un técnico que la acompañara al muelle de embarque para comparar el aire.

El puerto era un lugar de máquinas de sellado, contenedores y avisos sobre equipaje permitido. Un equipo limpiaba las bolsas que ingresaban a la zona de embarque con un preparado aprobado para superficies de transporte. Lidia se acercó al mostrador de control y reconoció el olor: el mismo jabón mineral, sin el menor cambio. En las etiquetas de mantenimiento figuraba incluso el mismo proveedor.

No habían introducido recuerdos nuevos en la cabeza de nadie. Habían repetido una señal sensorial, una pausa idéntica entre todas las estaciones, hasta convertirla en parte inseparable del viaje. Luego habían situado esa misma señal en un lugar real donde las personas debían reconocer señales concretas para orientarse.

Lidia volvió al Archivo con una pequeña muestra del producto de limpieza. Superpuso la etiqueta del puerto con la fórmula del difusor. La coincidencia era exacta en los componentes aromáticos empleados. Se sentó junto a Ivo y le explicó el problema sin hablar de memoria defectuosa.

—Es como poner la misma alfombra en todas las habitaciones de un edificio y luego usarla también en el vestíbulo. Después de atravesar varias puertas, el vestíbulo ya no ayuda a saber de dónde viene uno.

—Pero la alfombra sigue siendo una alfombra —respondió Ivo—. No se convierte en mi casa.

—Justamente.

El director comercial quiso ofrecer una nueva ruta con imágenes distintas. Propuso reemplazar la lluvia del patio por nieve, añadir una plaza y reforzar la música del tren. Lidia le mostró el registro de difusores.

—Cambiar las paredes no elimina el olor que aparece al salir de cada habitación. Tenemos que retirar el fondo común.

—Si lo hacemos, las estaciones se mezclarán.

—Entonces habrá que separarlas con aire limpio y más tiempo. Y dejar de prometer que reconocerán su hogar.

El cambio costaba sesiones: cada cabina tendría que ventilarse más despacio y admitir menos visitantes. El director aceptó suspender el recorrido durante una semana, pero pidió que el anuncio hablara de «mejoras de inmersión». Lidia redactó una explicación

distinta para los pasajeros que habían presentado reclamaciones. Indicó que se había detectado una señal aromática repetida entre estaciones y presente también en el puerto; ofreció cancelar sin penalización o participar en una prueba revisada, sin prometer ningún resultado personal.

Ivo se apuntó a la prueba. Lidia preparó un trayecto en el que cada estancia se separaba por un corredor ventilado con aire sin perfume añadido. En vez de proyectar recuerdos familiares genéricos, pidió a los pasajeros que describieran diferencias concretas. Un hombre señaló que el olor del mercado le recordaba una fruta que nunca había comprado. Una mujer reconoció el hierro mojado de una escalera, pero no supo decir de qué ciudad era. Nadie tuvo que acertar una respuesta.

Cuando llegaron al puerto, Ivo no afirmó que hubiera recuperado su casa. Dijo que, por primera vez en varias visitas, había podido distinguir el olor de los productos de limpieza del olor de las cabinas, y que seguía necesitando leer las señales para encontrar su embarque.

—Eso es mejor que una certeza prestada —contestó Lidia.

La compañía retiró de la venta el «viaje al hogar» y mantuvo un archivo de escenas olfativas con descripciones más modestas. Lidia conservó las fórmulas del patio, el mercado y el tren, con notas sobre sus límites. Rechazó la propuesta de una nueva ruta donde todas las estaciones terminaran con una supuesta «nota universal de pertenencia».

La víspera de partir, Ivo visitó el taller para despedirse. Llevaba la bolsa marrón. Le pidió a Lidia que se fijara en su cerradura: había que presionar un botón oculto antes de girar la llave, y entonces el mecanismo hacía un clic discreto, casi familiar.

—Si la nave trae veinte bolsas parecidas, reconoceré esta —dijo—. No porque huela a mi casa, sino porque sé abrirla.

Lidia escuchó el clic. Era pequeño, irrepetible en una grabación de aromas. Ivo cerró la bolsa y se la llevó al muelle. El Archivo se quedó sin una promesa brillante, pero por primera vez sus puertas conducían a lugares distintos.